

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Los heterodoxos del toreo

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

LOS HETERODOXOS DEL TOREO

JOSÉ ALAMEDA

Ilustraciones de
ROBERT RYAN



2024

© de los textos: Herederos de José Alameda (José Andrés Oteyza Fernández), 2024

© de las ilustraciones: Robert Ryan, 2024

Derechos reservados © de las fotos: Archivo del autor y sus autores

© de esta edición: Editorial El paseílo S. L., 2024
www.elpaseillo.com

1ª edición en Editorial El paseílo: noviembre de 2024

Diseño, maquetación y cubiertas: Elisa Romero Moreno

Corrección: Nieves Porras Parrado

Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-129133-2-3

Depósito legal: CO 1910-2024

Código THEMA: ATXZ1; NHTB

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Índice

Nota de los editores	9
Introducción (Sobre la olla podrida de la crítica)	15
1. Cúchares (O la imaginación)	29
2. El Espartero (O la predestinación)	35
3. Boceto de Reverte	51
4. El Gallo (Animal sencillo)	57
5. Belmonte (El rápido-lento)	69
6. Carmelo Pérez (México en la muerte)	95
7. La Serna (El torero intransitivo)	105
8. Arruza (España desde América y América desde España)	117
9. Procuna (Bajo los ojos de Manolete)	133
10. El Cordobés (Torero antimágico)	149
Epílogo ortodoxo	157
Sobre el autor	159

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Nota de los editores

En noviembre de 1944, en el número 20 de la revista *El Hijo Pródigo*, una de las mejores publicaciones culturales del exilio español en México, apareció el artículo «Disposición a la muerte», firmado por «Carlos Fernández Valdemoro». Aunque el autor ya desde 1941 se había convertido en «José Alameda», y con magnífico resultado venía desarrollando su labor profesional como comentarista y periodista de radio y prensa en el mundo taurino, esta pieza sigue firmada con su nombre verdadero. Así también andaba firmando artículos de carácter polémico sobre historia y «accidentes familiares» del exilio español, debido al papel muy principal que jugaba en este su padre, Luis Fernández Clérigo, cuyo último cargo político era entonces nada menos que el de presidente de la Diputación Permanente de las Cortes españolas republicanas y fue el hombre que organizó la última sesión de las mismas en territorio español, en la noche del 1 de febrero de 1939, en el Castillo de San Fernando de la ciudad de Figueras.

Este texto, de alguna manera, fusionaba y decantaba ese doble rostro que mantenía por entonces Carlos Fernández Valdemoro entre su memoria política, cultural y familiar de reciente exiliado español y su ya por entonces célebre voz como cronista taurino en las ondas de México. El texto estaba dedicado a responder la aparición mexicana de un libro ya publicado en España en 1930, *El arte de birlibirloque*, del escritor español, también exiliado, José Bergamín. Y lo hacía, como no podía ser de otra manera tratándose de la obra bergaminiana, de forma arrebatada y contradictoria. No es el momento de comentar la increíble impostura de Alameda, declarado «gallista», convertido en furibundo «belmontista» para hacer notar su discrepancia con la posición de Bergamín en su libro, igualmente deliberada a la hora de articular una rotunda defensa de Joselito el Gallo frente al envite que supuso el toreo de Juan Belmonte. Esta pieza nos interesa aquí por varios motivos. Entre otros, porque supuso el verdadero bautismo literario de toda la producción libresca que hoy conocemos con la firma de José Alameda, un verdadero hijo pródigo del toreo.

enciclopédico de quién te cuenta la *Historia verdadera de la evolución del toreo* o presume de tirar de *El hilo del toreo* (1989) –en mucho, uno y otro, el mismo libro–. Pero desengañense. Igual que el periodista Antonio Núñez de Herrera decía de la Semana Santa de Sevilla, hay hechos que son «incapaces de filosofía y de historia», es posible que con el toreo pase lo mismo, y solo sea posible con él hacer historia y hacer filosofía. Y quizás Alameda fue el primero en percatarse de ello.

NUESTRA EDICIÓN

Editorial El Paseillo va a acometer a buen ritmo la edición de la obra taurina de Carlos Fernández y López-Valdemoro, «José Alameda». En ese proceso ha sido fundamental contactar con la sucesión de dicha obra, en manos de su sobrino, don José Andrés de Oteyza. Sin duda, son muy de agradecer la disposición y facilidades del señor Oteyza, y también las gestiones intermedias con México de Samuel Rivero. Gracias también al interés y la ayuda de Alberto González Troyano y Ana Coletto Camacho pudimos llegar a ellos.

Es obligado mencionar que esta nota editorial hubiera sido casi imposible sin dos piedras de toque alamedescas: gracias al pulso continuo de un maestro de lo taurino como Paco Aguado, y a la lectura de la tesis doctoral de Ana Coletto, «José Alameda y el exilio republicano en México», cuya visita resulta indispensable en la materia desde 2017.

En coherencia con lo dicho sobre los elementos paratextuales y la obra abierta de José Alameda, se intenta respetar la disposición original de los elementos de la primera edición de *Los heterodoxos del toreo*. Aun asumiendo las deficiencias de ciertos materiales, especialmente en lo referido a las fotos, preferimos ofrecer completo, y en sus localizaciones más o menos exactas, el interesante diálogo del propio autor con dichos materiales y creemos importante ofrecer la edición más definitiva de este libro en función de las disposiciones del propio autor, que, sin duda, estuvo al pie de su confección hasta en los últimos detalles.

Dejamos para el final la adición más sensible de nuestra edición. Y no es otra que los dibujos de Robert Ryan. Casi sin quererlo, y sin parangón posible, vienen a sustituir las ilustraciones de la edición original de 1979, que estuvieron a cargo de Raymundo Cobo. Los trazos de Ryan no hacen sino engrandecer la dimensión de esta obra. Los editores de El Paseillo, aunque lo hemos agradecido de muchas formas, aún no sabemos cómo rendir completa pleitesía a la implicación de alguien como Robert en este proyecto de recuperación de la obra de José Alameda.

Introducción¹

(Sobre la olla podrida de la crítica)

«Dove si grida non è vera scienza».
(Donde se escandaliza no hay verdadero saber).
Leonardo

Si no hubiera hombres capaces de jugarse la vida frente a un toro, no habría corridas ni, por consiguiente, crítica taurina.

¿Cómo se ha podido llegar a la monstruosa deformación de que un sinvergüenza provisto de una pluma viva de insultar a quienes, con su arrojo, le dan la posibilidad de existir *profesionalmente*?

Todo el respeto para el que respeta, todo el desprecio para quienes empiezan por no respetar a la fiesta de los toros y se dedican sistemáticamente a minarla, con el ridículo pretexto de que quieren hacerla mejor: lo que quieren es perpetuar su saqueo de asaltantes, que la tomaron por sorpresa y a costa de ella viven, chulescamente, como matones, terroristas y pistoleritos de la pluma. Y de añadidura exhibicionistas, con un vacuo exhibicionismo de pueblo.

Los verdaderos críticos que aún quedan no intentan, quizá por higiene, tropezar con ellos. Y ahí siguen los otros vociferando impunemente. ¿Hasta cuándo?

A lo largo de una vida, que se va encauzando ya hacia su final, me ha tocado, sin yo buscarlo, conocer muy a fondo a la fiesta de los toros y a sus protagonistas, falibles como hombres, pero dignos de respeto por la in-

¹ Este libro, por su planteamiento editorial, está destinado a su distribución en todo el mundo de los toros, gran país sin fronteras, por lo que conviene hacer la advertencia de que hay un capítulo, este precisamente, que se refiere a un fenómeno específicamente de España, del medio taurino español y de un sector del mismo, el de la crítica llamada «terrorista». Toda alusión en tal capítulo se limita, pues, a ese ámbito, ya que el problema no encuentra correspondiente –y esperamos que ya no lo encontrará– en los demás países taurinos.

dole misma de su profesión y de su riesgo. Cada vez que veo a uno de ellos con un boquete que le rompe músculos y venas y pone a prueba su entereza para seguir adelante –que atañe a lo esencial humano–, me acuerdo de los pistoleros y terroristas de la crítica.

Por eso escribo este prólogo.

Apunte para un argumento realista.

Sartorio, en el Renacimiento italiano, sueña con ser historiador y crítico de arte.

Conoce a Miguel Ángel y lo ha visto colgarse de un andamio y desafiar al cielo para reflejarlo en un techo, dejándose chorrear y morder el rostro por la pintura que resbala y entinta su faz; casi insensibilizado por las horas de trabajo, pero sostenido por la pasión de crear que mantiene en vilo al artista.

Sartorio no pinta, aunque ha pintado alguna vez, pero es un pintamonas.

Sartorio sabe que Miguel Ángel es un genio. Pero sabe también que si dice eso no dirá más de lo que todos saben. Y si se pone a explicar por qué Miguel Ángel es un genio y los caminos por los que ha llegado a serlo y cómo se sostiene en tesitura de seguirlo siendo, habrá emprendido una tarea demasiado difícil, pues para dilucidar al genio hay que ser un poco genio también y Sartorio no lo es, Sartorio es un pintamonas.

¿A qué recorro, si Dios no me ha dado luces para explicar, cantar, reflejar la belleza de lo que crea Miguel Ángel? ¿Cómo puedo hacerme oír?

He ahí el problema de Sartorio, el nulo, a quien la voz no le alcanza.

Entonces, la hinchia, la saca del esófago, como los ventrílocuos. Suena falsa, metálica, pero suena. Ya puede hacerse oír. Se planta en la tribuna y vocifera: «¡Miguel Ángel es un farsante!».

(Si hubiera nacido cuatro siglos después, nuestro personaje bien podría ser un importante crítico terrorista).

¿Se puede hablar seriamente de heterodoxos en la crítica taurina?

Tan entremezclada está que resulta difícil concretar el perfil de su ortodoxia para deducir la heterodoxia correspondiente.

Intentarlo sería meterse en la trampa especulativa de unos valores abstractos que no le van al tema. La crónica de toros, por su modo de producción, es una actividad práctica, que se ejerce en el plano de lo real, a día y hora fijos, con urgencias y riesgos taurómacos también, en cierto modo. Ello explica el sabor agríndice del género, difícil por su premura y efímero por su naturaleza, de modo que quizá lo peor que puede hacerse es querer dar a la crónica visos de pieza literaria permanente, pues no se salva a la

rosa viva volviéndola rosa de cartón, lo único que se logra es apelmazarla. En la crónica, hay que sorprender a los acontecimientos in fraganti, en su fragancia, que no está hecha para la eternidad.

Huelga, pues, hablar de heterodoxia propiamente dicha. Pero existen algunos casos de desviación y descomposición que pueden historiarse y deben denunciarse. Uno de ellos, el lamentablemente actual.

Sin intentar una clasificación articulada del proceso histórico de la crítica taurina, vamos a señalar tres etapas clásicas:

1. La crítica didáctica. Citemos, como ejemplo, a Sánchez de Neira.
2. La crónica galana. Empieza con don Antonio Peña y Goñi, adereza desde un principio por la hipérbole, que agracia la polémica. Culmina, añadida la pimienta de la ironía, en Mariano de Cavia *Sobaquillo*, y, de otro modo, el de la alegre vitalidad, en José de la Loma *don Modesto*.
3. La crónica pontificante, que personifican Gregorio Corrochano y Federico M. Alcázar, entre otros. Contemporáneo de ellos es César Jalón *Clarito*, pero este incorpora más sales de la vida, para su ventaja, pues mejor es estar en lo vivo que en lo pintado.

Creo que, a la postre, la resonancia que en la crónica y la crítica ha dejado este último grupo no ha sido fecunda, ya que, por unilateral, ha tergiversado y contrahecho en gran medida la historia del toreo de los últimos cincuenta años. Pese a todo, por su noble aspiración a un estilo limpio, logró a su hora una brillante corporeidad y aún la conserva a la distancia.

La que ya no es crítica ni cosa que se le parezca es la que hoy vocifera y ofende, lastimando la dignidad ajena por desconocer la propia. Llamarle heterodoxa sería ennoblecerla, ya que la heterodoxia es romper con la doctrina y la tradición, pero conservando un cierto cordón umbilical, pues en todo heterodoxo hay, a la postre, algo de hijo pródigo.

La citada seudocrítica cae por entero extramuros de la crónica taurina como género, pues ni cumple sus fines ni tales con sus propósitos, sino los del panfleto, el pasquín, el libelo.

Se pregunta uno cómo es posible que este fenómeno de osadía y de mala crianza, ajeno al espíritu de los verdaderos cronistas de toros españoles y a la tradición de los que tal título merecen, haya podido producirse.

El panorama da la impresión de una colectividad en la que se hubiera colado de pronto algún chimpancé con disfraz de gafas y de birrete y se le tendiera la mano como a un congénere.

Hay en ello una cierta ceguera, moralmente hablando. Y una cierta complicidad por abandono.



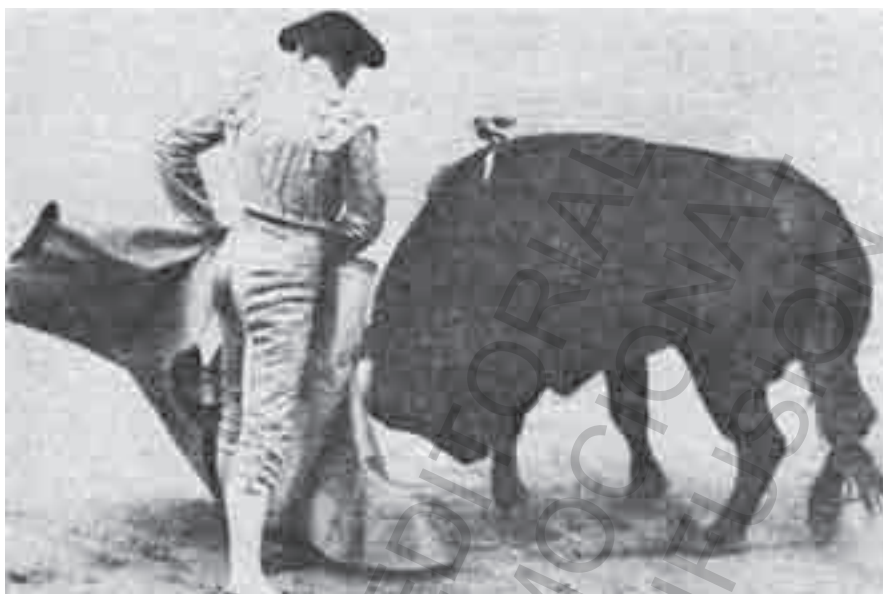
César Jalón *Clarito*... Vale más en lo vivo que en lo pintado.



La inmolación de José... queda una estatua triste en Talavera.



Toda la inteligencia de Luis Miguel.



Todo el sentimiento de Ordóñez.



Camino... Hasta se dejó un hermano entre las zarzas del toreo...

nifestaciones de la venalidad de esta profesión»... Primera, en cuanto al volumen de su desfachatez, de su miseria moral, de su falta de hombría... Inútil su propósito de presentarla enmascarada como una acción redentora de la fiesta; es faena de pistoleros de la pluma, para vengarse de los toreros, colocados entre la espada y la pared: o soltaban el oro, o ahí tenían esa crítica *independiente* (independiente de la dignidad, del decoro y hasta de la gramática) para insultarlos, despellearlos y ridiculizarlos todos los días, a pretexto de salvar la fiesta.

La cosa está clara: de lo que hay que salvar la fiesta es de sus salvadores.

Hay que poner coto al vergonzoso fenómeno de convertir a la crítica taurina en el insulto taurino.

¿Cómo? Teniendo la entereza de imponer sin vacilaciones el ejercicio de la crítica respetuosa y fecunda, la que define así José Ortega y Gasset:

Veo en la crítica un fervoroso esfuerzo por potenciar la obra elegida. El crítico ha de introducir en su trabajo todos aquellos elementos sentimentales o ideológicos, merced a los cuales el lector medio pueda recibir una impresión más intensa y clara de la obra. Procede orientar la crítica en un sentido afirmativo y dirigirla, más que a corregir al autor, a dotar al lector de un órgano visual más perfecto.

La verdadera crítica es la que contribuye a potenciar la visión del espectador. La que enriquece y no destruye. Esa crítica a la que se permiten llamar «triumfalista» los ladrones de honras y de vaquillas. Pero a la que Antonio Machado llama noblemente «benévola» en el sentido riguroso del término, es decir, de buena voluntad entre los hombres, no de malas tripas.

Con tal ejercicio se irá creando conciencia. No teniendo la debilidad de darle la mano al chimpancé, ni cediendo a su osadía, sino escupiéndole a la cara. Y predicando a diario, con el ejemplo, el estilo opuesto; respeto a los demás, gusto por la viril fiesta de los toros y hombría de bien profesional.

Hay que dar la cara frente a esa cuadrilla de asaltantes que ha caído sobre nuestra fiesta, empeñada en derrengarla.

Hay que expulsar del templo a esos pillos.

Para que una mujer española no tenga que gritarnos un día desde la plaza de Fuente Ovejuna: «Hilanderas, maricones, amujerados, cobardes».

Y punto final para este ensayo escatológico sobre la olla podrida de la crítica.

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

I. Cúchares

(O la imaginación)



**FRANCISCO
ARJONA HERRERA
*CÚCHARES***

Vio la luz primera en Madrid, el 19 de mayo de 1818, pero se le considera sevillano, porque residió siempre en la ciudad de la Giralda.

Murió en La Habana (Cuba), en 1868, a consecuencia del vómito negro.

Su presentación en Madrid como matador de toros fue el 27 de abril de 1840, yendo de primer espada Juan Pastor *el Barbero*, sin que hubiera cesión de trastos, pues todavía no estaban reglamentadas las alternativas.

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

«Pueblo, siervo, triunfador proclaman a los cuatro vientos la mayor dicha del hombre en este mundo, la personalidad».

Goethe

Se piensa comúnmente que llamar al toreo «arte de Cúchares» es algo caprichoso, sin fundamento histórico. Pero no. El pueblo, que así le nombra, tiene razón. Cúchares dio el primer paso hacia el toreo de hoy, al romper la preceptiva que limitaba al de su tiempo. Dejó en el muelle a su rival el Chiclanero y navegó hacia otro puerto. Lo que el toreo es hoy empieza a serlo por él.

Cúchares supo, como nadie, que no hay que tomar en serio la *cartilla* en la que algunos querían encerrar al toreo, sometido a normas rígidas, cuasiecientíficas. El toreo no puede asimilarse, ni siquiera figuradamente, a una actividad científica. A lo sumo, clínica, donde cada caso modifica la regla. Ergo, a un arte. Bien llamado está, pues, «arte de Cúchares».

Este afán de dar una consideración cuasiecientífica al arte no solo se produce entre gentes llanas y en un tema popular como la tauromaquia, sino entre profesionales de las letras, respecto a la poesía, más inaprehensible de lo suyo. Un ejemplo eminente lo proporciona Dámaso Alonso, quien, a más de haber dedicado un libro a tal tema, dice en reciente ensayo: «La obra de arte, el poema en este caso, puede ser también objeto de un conocimiento de intención científica. En toda obra de arte hay muchos elementos que son estudiables con técnicas apropiadas, próximas a las científicas».²

Aun con los límites que implícita pero claramente señala Dámaso Alonso, lo de «un conocimiento de intención científica» para el arte me parece aventurado, no diré que erróneo, vamos a llamarle optimista, en el sentido de poner una fe excesiva en los poderes intelectuales. Cabe conocer así algunos elementos aislados de la obra de arte, no su entraña, no su meollo,

2 Revista de Occidente, Madrid, marzo-abril 1976.